UN GIRO INESPERADO

La Sirenita

¿Qué habría pasado si Ariel no hubiera vencido a Úrsula?

LIZ BRASWELL

La Sirenita

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS Disney

Un agradecimiento especial a las organizaciones que ayudan a salvar a las criaturas que viven en el mar y en sus alrededores, como el Santuario de Vida Silvestre de la Bahía de Wellfleet de Mass Audubon

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Clara González, 2020
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-17062-80-4
Depósito legal: B. 12.015-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Éric

Éric despertó. Estaba teniendo aquel sueño otra vez. Le pasaba en los momentos más extraños, como cuando revisaba el menú con el chef Louis para una cena formal, por ejemplo, o cuando escuchaba a los tesoreros del castillo comentando las vicisitudes de tratar con banqueros internacionales, o cuando su hermosa princesa hablaba sin parar de conspiraciones.

Bueno, también le ocurría cuando estaba aburrido y cansado, si el ambiente era sofocante y apenas podía mantener los ojos abiertos, o en la cama, justo antes de dormirse del todo, ese momento de duermevela, la misma fracción de segundo durante la cual solía oír coros angelicales cantando himnos bellísimos. Entonces, solo podía escuchar, ya que estaba demasiado somnoliento como para saltar y garabatearlos a toda prisa antes de olvidarse de ellos.

Pero a veces se le pasaba por la cabeza que no era el príncipe Éric casado con Vanessa, la bella princesa, sino que se trataba de un grave error. Que había otra mujer, una preciosa chica sin voz que cantaba;

no..., más bien una preciosa chica que sabía cantar, pero que había perdido la voz para siempre el fatídico día en que él se había dormido. Y llevaba soñando desde entonces con un mundo donde había sirenas —y conocía a una de ellas, la hija de un dios—, su princesa era en realidad una malvada bruja, y él había alcanzado la gloria, pero lo habían engañado, y ahí estaba con sus sueños...

De repente, miró hacia abajo aterrorizado. Tenía los brazos cruzados sobre el escritorio, con la cabeza apoyada en ellos; se había dormido encima de las páginas de notación musical. Se preguntó si habría derramado algo de tinta o tal vez borrado alguna nota; un silencio podía convertirse en una ligadura si la tinta se corría, y eso lo estropearía todo...

Sostuvo los papeles a la luz de la luna y vio un pequeño borrón justo donde se suponía que el coro debía entrar con una tríada de re mayor, aunque no era demasiado grave. Desvió la mirada a la luna, que resplandecía al otro lado de la ventana acompañada por una brillante estrella, y entonces comenzó a soplar una leve brisa que hacía que el denso follaje de los árboles sonara como si unos zapatos pisasen los muros del castillo, llevando consigo los aromas recogidos en su camino desde el mar: sándalo, arena, naranjas, polvo; cosas secas de la tierra.

Éric volvió a su música, tratando de recuperar la melodía y la sensación del océano que sonaba en su cabeza antes de despertarse: aguamarina y dulce. Luego, mojó la pluma en tinta y comenzó a escribir a toda prisa. Se negaba a descansar hasta que saliera el sol.

Scuttle

Parecía como si Tirulia entera estuviese reunida en el anfiteatro. Todos los asientos estaban ocupados, desde los sofás de terciopelo de los nobles hasta los altos bancos de piedra sin techo del fondo. Y había más gente dispersa por las calles circundantes; nadie iba a perderse la primera representación de la nueva ópera de su amado Éric *el Príncipe Loco*.

El ambiente era el de un día festivo: la gente vestía sus ropas más coloridas y llevaba las joyas que más brillaban. Los guardias del castillo estaban de pie con sus lustrosas botas a lo largo de los pasillos para asegurarse de que no se produjeran peleas entre los espectadores. Los vendedores caminaban entre la multitud, tanto dentro como fuera, ofreciendo bien frío el vino blanco espumoso por el que Tirulia era conocida junto con exquisiteces saladas: pan con queso y aceite de oliva, conos de papel rellenos de crujientes chipirones y pinchos de castañas confitadas en miel que resplandecían a la luz del sol. Todo aquello formaba un fabuloso mosaico de movimiento y color que deslumbraba visto desde arriba.

Y eso pasó con una vieja gaviota llamada Scuttle mientras disfrutaba de la vista. Él y algunos de sus bisnietos (enviados para vigilarlo) se posaron en la barandilla sobre los asientos más altos y baratos del teatro. Los más jóvenes estaban alerta por si caía algún bocado, listos para lanzarse por cualquier miga de pan, aunque fuese diminuta, pero Scuttle se contentaba con contemplar toda aquella ostentación y murmurar para sí mismo. Solo uno de sus bisnietos permanecía a su lado, tratando de entender lo que veía en el espectáculo humano de allí abajo.

El vestuario era lujoso, la orquesta estaba al completo y los decorados se habían pintado con ingenio para parecer más que reales: cuando un príncipe producía una obra, mostraba su riqueza. Y, cuando ese príncipe salió del brazo de su hermosa princesa para tomar asiento en el palco real, la multitud enloqueció: aullaba y animaba a su artista de la realeza. A pesar de que a veces era conocido como el Príncipe Soñador o incluso el Príncipe Melancólico por su mirada perdida y su tendencia a la melancolía, en aquel momento Éric parecía animado por la demostración de afecto de su reino y saludaba con una genuina sonrisa cada vez más grande.

Vanessa hizo una de sus muecas, inescrutable y algo inquietante, y lo acompañó a sentarse. Con su otra mano se tocaba el enorme collar con una caracola que siempre llevaba, un extraño adorno demasiado natural para tan extravagante princesa.

La orquesta afinó y comenzó a tocar.

La Sirenetta, una fantasía musical en tres actos

En un reino mágico junto al mar, un apuesto príncipe muy triste *[tenor]* anhela tener con quien compartir la música y la vida. Mientras celebra con amigos su vigesimoprimer cumpleaños en un velero engalanado, se levanta una gran tormenta. El príncipe cae por la borda y casi se ahoga, pero interviene una joven y bella sirena con la voz de un ángel *[soprano]*.

Al recuperarse, el príncipe declara que no se casará con nadie más que con la hermosa chica que lo ha rescatado.

Entonces, aparece otra bella chica *[la misma soprano con distinto disfraz]*, que, aunque tiene el mismo brillante cabello rojo que la sirena que lo salvó, ¡es muda!, así que no puede tratarse de su único y verdadero amor. Sin embargo, mientras pasan los días juntos, se enamora poco a poco de ella.

Pero entonces una rival entra en escena. Una atractiva mujer *[contralto]* le da una serenata al príncipe con la misma canción que la sirenita y lo hechiza, haciéndole olvidar a la preciosa chica sin voz.

[Nota: La contralto es una cantante voluminosa de grandes pechos, una de las favoritas del público. Cuando aparece, sonríe con disimulo y recibe una ovación de pie por parte del público.]

Hipnotizado, el príncipe organiza su boda con ella de inmediato.

En un aparte, la futura princesa admite ante los espectadores que en realidad es una poderosa bruja del mar que desea vengarse de la sirena, cuyo padre, el rey del mar, la expulsó de su reino hace años. Al no lograr casarse con el príncipe, la sirena no cumplirá su parte del trato, y la bruja del mar le quitará la voz para siempre.

El sol *[barítono]* canta entonces sobre la tragedia de la vida mortal, la cual presencia todos los días entre los humanos que pueblan la tierra bajo él. También canta sobre la apacible felicidad de las sirenas inmortales y cómo el amor lo hace a uno tonto a la par que lo enaltece. El sol se desplaza por el escenario y, gracias a un inteligente mecanismo escenográfico, comienza a ponerse cuando el grupo de ballet sale para un interludio antes del final: la escena de la boda.

Después, el príncipe y la falsa princesa, espléndidamente vestidos, cantan a dúo, pero las palabras de él hablan del amor, y las de ella, sobre conquistas. La chica muda los observa con tristeza.

Entonces, justo cuando el príncipe y la princesa están a punto de recitar sus votos matrimoniales, Tritón, el rey del mar *[bajo]*, resplandeciente con su armadura verde y dorada, aparece con un redoble de tambores. Él y la bruja del mar cantan yendo de un lado para otro intercambiando insultos. Al final, el rey levanta su tridente para atacar..., y la bruja señala a su hija más joven, la favorita de Tritón, la humana muda que está apenada en una esquina, mientras con la otra mano agita un gran contrato de *atrezzo* pintado.

Derrotado, Tritón cede. Cambia su vida por la de la sirenita. La bruja del mar lanza un horrible hechizo y, con una teatral bomba de humo, el rey del mar se transforma en un pequeño y espantoso pólipo marino, que la bruja del mar sostiene triunfalmente en el aire

[como una marioneta manipulada por la contralto, incluso se mueve un poco, lo que deja al público sin aliento].

La hija de Tritón se convierte de nuevo en una sirena y salta con tristeza al mar. El príncipe y la falsa princesa están casados. La falsa princesa le canta victoriosa al pequeño pólipo, antes Tritón, contándole que lo guardará para siempre en un jarrón en su habitación.

Entonces, sale la luna *[mezzosoprano]* y canta una etérea e inquietante versión del aria del sol. Pero la suya es sobre la fatalidad y la tristeza del amor, y se pregunta qué significa un final feliz. Porque ¿de verdad habría sido mejor que la sirenita se hubiera quedado en casa como sirena durante el resto de sus días y desconociese el amor?

Scuttle

La multitud enloqueció. Aunque el tema de la ópera pareciera un poco fantasioso, el final fuese sombrío y la orquestación algo simple comparada con las obras de músicos más profesionales y entusiastas, nada de eso importó. Nunca antes el anfiteatro había sido testigo de tal cantidad de aplausos, gritos, pisotones y silbidos. Arrojaron tantas rosas a la sirenita y a la bruja del mar que ambas corrieron el riesgo de herirse con las espinas. Todo el mundo clamaba por repetir la actuación.

—Tal vez debamos hacerlo —dijo el príncipe Éric—. ¡Una actuación gratis para toda la ciudad! ¡Al final del verano, el Día de Santa Madalberta!

La ovación se volvió aún más fuerte. Los nobles, sentados más cerca del palco real, hicieron gala de un entusiasmo moderado apropiado a su clase, con los ojos fijos en el príncipe y la princesa. Solo un tonto habría obviado las similitudes entre la bruja del mar y la bella esposa del príncipe Éric, Vanessa. Esa noche, en las magníficas

mansiones de piedra, con tacitas de chocolate y copas de brandy, habría mucho debate acerca de los miles de significados posibles que escondían aquellas letras. Pero la princesa de cabello castaño mostraba una amplia sonrisa y reía a carcajadas.

—Éric... —ronroneó—, sin duda ha sido atrevido y maravilloso. ¿De dónde sacas esas ideas tan imaginativas?

Vanessa lo tomó de la mano con coquetería, como si fueran recién casados, y salió orgullosa con él entre la multitud, radiante como la madre de un niño talentoso y precoz. Sus dos sirvientes los seguían, mirando arriba y abajo al gentío con sonrisas recelosas, en apariencia preparados para matar en un momento dado si fuese necesario.

No faltaba nada, todos estaban contentos. Entre los cientos de personas y criaturas que habían presenciado el espectáculo, solo una estaba desconcertada. Scuttle seguía inmóvil, algo inusual para él. Dos cosas muy importantes se habían revelado en la obra y, aunque era tan despistado como cualquier otra gaviota (quizá más), la sabiduría de su larga vida le hizo tratar de centrar su mente confusa en ellas para no olvidarlas.

—¡El príncipe Éric recuerda lo que pasó! —gritó de pronto; eso fue lo primero, y fue fácil—. ¡A pesar del hechizo que le lanzaron!

Scuttle había presenciado el fracaso de la sirena caminante al intentar ganarse el corazón de Éric antes de que se pusiera el sol, y este se había casado con Vanessa en vez de con ella. También había visto desencadenarse el gran combate entre los poderes ancestrales, representados con mediocridad en los dibujos y el papel maché del escenario, la agitación del océano y las olas rompiéndose en dos por el poder de Tritón. Había sido testigo de cómo el rey del mar cambiaba su vida por la de su hija, y cómo la bruja del mar, Úrsula, acababa con él después. Entonces, la chica pelirroja había recuperado su forma de sirena y se había alejado nadando con tristeza, para siem-

pre sin voz. Úrsula, convertida en Vanessa, seguía casada con Éric y gobernaba el reino del mar con poca o ninguna aportación útil por parte de su hipnotizado marido.

—Sí, eso es —murmuró Scuttle—. Y de alguna manera mi chico Éric sabe todo esto.

«¿Y qué era esa otra cosa?, ¿eso tan importante?, ¿eso casi tan importante...?, ¿o era en realidad lo más importante?», pensó.

—Las olas se rompen en dos por el poder de Tritón —se repetía Scuttle en voz alta disfrutando del sonido de su voz y de esas épicas palabras.

Sus bisnietos intercambiaron una mirada condescendiente y se fueron volando. Todos menos uno, que se sentó a observarlo con curiosidad.

—Y el rey del mar cambió su vida por la de su hija, y Úrsula lo destrozó. ¡ESO ES!

Scuttle graznaba dando saltos emocionado. Batió las alas, y los pocos espectadores que quedaban alzaron los brazos con asco para cubrirse, temiendo lo que el pájaro haría a continuación.

—¡EL REY TRITÓN SIGUE VIVO!

—¿Cómo dices? —le preguntó educadamente su bisnieta, que seguía allí.

—¿No lo entiendes? —Scuttle se volvió hacia ella y señaló el escenario—. Si todo lo de ese espectáculo era cierto, ¡entonces Úrsula sigue teniendo a Tritón como prisionero! ¡No está muerto! ¡Vamos, Jonathan! ¡Tenemos que investigar esta posibilidad!

—Me llamo Jona —lo corrigió con delicadeza la gaviota más joven.

Pero Scuttle no pareció escuchar. Poseedora de un propósito que no había sentido desde su época con la sirena Ariel, la gaviota les dio una nueva vida a sus viejas y cansadas alas y se dirigió al castillo, con su bisnieta planeando en silencio tras él.

Cuando el rey y la reina de Tirulia habían decidido que cada uno de sus hijos asumiera los roles y costumbres de la edad adulta y, más importante aún, que se mudasen del palacio principal, la elección del príncipe Éric, como era de esperar, había sido un pequeño castillo al borde del mar.

Los gigantescos muros exteriores eran de arenisca de color claro y evocaban mucho más la playa que el granito y la piedra gris de otras fortalezas antiguas. Una incorporación muy bien recibida del abuelo de Éric incluía una pasarela hasta un mirador que se apoyaba sobre elegantes arcos a la manera de un acueducto romano. Las dos torres de azulejos más altas recordaban hábilmente la arquitectura de ciudades más orientales, y una tercera estaba coronada por una pérgola cubierta de parras y fragante jazmín. El gran comedor formal, otra añadidura moderna, se había rematado a la última moda: con ventanales del suelo al techo.

A decir verdad, los elegantes espacios comunes —es decir, todas las habitaciones del castillo, excepto las de los sirvientes— tenían vistas al mar. Esto era de gran importancia para los humanos que vivían en el castillo, los aldeanos que presumían de él y los visitantes bretlandianos que, haciendo una parada en su Grand Tour, se detenían a dibujarlo. Pero las ventanas eran de especial interés para los escurridizos miembros voladores del reino.

Todas las gaviotas del lugar sabían dónde estaban las cocinas, por supuesto; sus ventanas eran las más importantes. Conchas marinas hervidas, algunas con trozos aún pegados, avalanchas de restos rancios, carne que llevaba fuera demasiado tiempo, fruta podrida..., todo se arrojaba sin ceremonias por las ventanas y a una parte oculta de la laguna; o fuera de la vista de los humanos, claro.

También era bien sabido que a la condesa Gertrude, prima de Éric, le encantaba todo lo que volara, y se daba por hecho que podía estar asomada durante horas, atrayendo gaviotas, palomas, gorriones

e incluso gavilanes para darse el gusto de que se posaran en su mano. Por su parte, el embajador de Ibria, Iase, paranoico y aterrorizado por el veneno, lanzaba constantemente lo que le servían por la ventana más cercana. Sin embargo, todo lo que tiraba la princesa Vanessa era conocido por ser realmente malo: afilado y a veces de verdad envenenado.

Después de un rato de intenso esfuerzo, Scuttle se las arregló para posarse en el alféizar de esta última ventana sin cristal, con su bisnieta justo al lado.

—Oh, bonita choza —dijo mirando a su alrededor con interés.

Entonces se acomodó para la espera. Las gaviotas pueden ser algo distraídas e incapaces de concentrarse —a veces son codiciosas y rozan el límite de lo psicótico si se trata de luchar por comida—, pero lo único que pueden hacer en realidad es esperar; si es necesario durante horas: a que baje la marea, a que regresen los barcos pesqueros, a que cambie el viento, a que los molestos seres humanos dejen sus desechos a aquellos que tan legítimamente merecen saquearlos para conseguir premios.

Jona ladeó la cabeza mientras observaba a una sirvienta vaciando un orinal en el mar por los muros del castillo.

—Y los humanos se quejan de nuestros hábitos... —murmuró.

—¡Chisss! —dijo Scuttle con el pico cerrado.

Al final, su paciencia tuvo recompensa. Vanessa entró pavoneándose, y sus dos sirvientes quedaron fuera.

—Os veré más tarde, chicos —ronroneó.

Ambos se inclinaron al unísono. Parecían gemelos idénticos con sus uniformes a juego, y llevaban chaquetas más caras y gorros de plumas más bonitos que el resto del personal del castillo.

La princesa comenzó a desvestirse. Primero se quitó los guantes y la capa. Después, el gran sombrero que cubría su oscuro cabello; era de terciopelo marrón, estaba rematado en la parte superior

por medallones dorados y tenía penachos de aves exóticas en la banda; aun así lo dejó sin ningún cuidado sobre la cama. Empezó a tararear en voz baja una de las arias de la ópera, de las pertenecientes a la sirena, y luego abrió más la boca y acabó cantando a grito pelado, lo que hizo retroceder un poco a las gaviotas por la fuerza de su música.

No era igual que escuchar a Ariel cantando. Sin duda, se trataba de la voz de la sirena y la melodía era perfecta, pero gritaba demasiado, sus palabras no tenían alma y las notas no fluían con armonía. Era como si a un niño con talento, pero sin experiencia de vida, le hubieran ordenado de repente cantar una pieza sobre una mujer que está muriendo de tuberculosis tras perder a su único amor.

Scuttle trató de no estremecerse. Obviamente, las gaviotas no tienen habilidades musicales innatas, algo de lo que a otros pájaros les encanta burlarse, pero la canción le sonaba blasfema en la voz de Ariel.

Vanessa rio, ronroneó y de su garganta salieron otros ruidos que Ariel nunca hubiera hecho.

—¿Has disfrutado de esto, poderoso rey del mar?, ¿de la cancioncita de una sirena enamorada?

—No veo a ningún poderoso rey del mar —le susurró Jona a Scuttle—. Tal vez esté loca.

Scuttle no respondió. Frunció el ceño, se agachó y observó todos los rincones de la habitación que alcanzaba a ver desde la ventana. Pero no había nada, ni siquiera un pequeño acuario que pudiera contener un pólipo.

Vanessa se detuvo frente a la inmensa colección de botellas y objetos de su tocador: perfumes almizclados en pequeñas ampollas de cristal, aceites exóticos en frascos de piedra rosa tallada y suficientes pinceles de cerdas de jabalí para mantener a un ejército de princesas con el mejor aspecto. Lo único que no tenía, aunque Scuttle

tampoco se habría dado cuenta, era una sirvienta que la ayudara. Vanessa besó su rostro en el espejo y luego se metió en el vestidor, desapareciendo de la vista de las gaviotas. Parecía que sostenía algo, pero era difícil estar seguro, así que los dos pájaros se inclinaron hacia delante, tratando de seguir sus movimientos.

—Siento mucho que te hayas perdido una ópera tan maravillosa, mi pequeño rey —dijo desde la oscuridad.

Después de unos segundos volvió a salir con una bata de seda rosa brillante. Entonces sí pudieron ver que llevaba un frasquito medio escondido en su amplia manga.

—Aunque creo que Éric podrá representarla una vez más —siguió diciendo—. Claro que tampoco es que vayas a poder verla entonces. ¡Qué pena! Es tan imaginativo... Trata sobre una sirenita y cómo pierde a su príncipe por una perversa y vieja bruja del mar. Esa descarada.

Hizo una pausa y luego soltó una carcajada. Su delicada boca se abría cada vez más y salían risotadas impropias de Ariel. Se volvió para sostener el recipiente a contraluz frente a la ventana, decorada con gaviotas... Estas sofocaron un grito: era un cilindro de vidrio estrecho, como el que un científico o un físico usaría para sus experimentos; en la parte superior, había un trozo de muselina sujeto con trozos de cera, y su interior, lleno de agua, guardaba una de las cosas más horribles que Scuttle y Jona habían visto jamás.

Una masa gelatinosa de color verde oscuro con una forma similar a la de un vegetal ocupaba la mayor parte del recipiente. Se mantenía sujeto al fondo por medio de un dispositivo situado en un extremo. En lo que parecía ser la cabeza, había algo similar a unos tentáculos, pero flotando inútilmente en tan diminuto espacio, coronados por un par de ojos amarillos. Bajo ellos, colgaba una repugnante caricatura de una boca. Y, a modo de última burla espantosa, dos apéndices viscosos caían a ambos lados simulando el bigote y la barba del rey

del mar, que en otros tiempos eran tan blancos como la espuma. Jona volvió la cabeza para evitar las arcadas.

—¡Es él! —gritó Scuttle, disfrazando en el último segundo sus palabras con un graznido, al recordar que la bruja del mar entendía las lenguas de todos los animales, igual que Ariel.

Vanessa se volvió deprisa recelosa, pero Jona pensó rápido y empezó a picotear a su bisabuelo de forma realista, como si intentase robarle un pedazo de comida.

—Pero ¿qué...? —graznó Scuttle.

—¡NO! ¡ES MI PESCADO! —gritó Jona abriendo mucho los ojos al mirarlo, deseando que la entendiera.

Su bisabuelo la observó unos segundos y luego se relajó.

—¿Qué? Oh, sí..., claro —dijo guiñándole un ojo—. ¡No, bisnieta, es mío!

Ambos cayeron de la cornisa girando en el aire y soltando graznidos como gaviotas normales.

Vanessa corrió hacia la ventana, pero se tranquilizó al ver un par de pájaros peleándose por un asqueroso trozo de algo. Con un gruñido y ademanes exagerados regresó al interior.

—Ha sido una gran idea —dijo Scuttle felicitando a su bisnieta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jona.

—¿Ahora? Vamos a buscar a Ariel.